

EL LICEO DE GRANADA

REVISTA QUINCENAL

DE CIENCIAS, LITERATURA Y ARTES.

AÑO I.

1.º de Mayo de 1869.

NÚM. 3.

ORÍGEN DE LA LENGUA CASTELLANA.

I.

Predilecto y legítimo hijo del latín es el castellano, y en él, al par de las cualidades que aquel atesora, otras descuellan que le hacen digno de admiración y de loa. Claro, magestuoso, lleno de sonoridad y de armonía, adaptándose de una manera natural y fácil á la expresión de todos los sentimientos, de todas las ideas; abundante en idiotismos, enfático y pomposo, todas y cada una de estas dotes le constituyen en príncipe de las lenguas neolatinas.

Investigar los orígenes de un idioma ilustrado por la pluma de un Juan de Mena, un marqués de Santillana, un Hurtado de Mendoza, un Ercilla, un Lope y un Cervantes, es empresa arriesgada al par que difícil; y aun más difícil, si se atiende á las diversas teorías de los hombres doctos que en esta materia se han ocupado. No viendo los mas en nuestro idioma otra cosa que palabras latinas adulteradas por el tiempo y las revoluciones que han acrisolado nuestra nacionalidad; asentando otros que, en la parte sintáctica, es ilustre descendiente del hebreo; llegando algunos hasta el absurdo de asignarle un origen teutónico: el ánimo se confunde; la inteligencia vacila, y la balanza de la crítica no sabe á qué lado inclinarse; pero antes de penetrar de lleno en tan confuso laberinto, diremos algunas palabras acerca de los diferentes métodos filológicos: este estudio nos dará la explicación de los errores cometidos y nos apartará del riesgo de incurrir en ellos.

Los principales etnógrafos de la época moderna pueden dividirse en dos clases: la una busca la afinidad de las lenguas en sus voces: la otra en su estructura gramatical. Los métodos pueden denominarse respectivamente léxico y gramatical. El primero compara los idiomas cuya analogía pretende poner en claro; y dado caso que en ellos se encuentren palabras semejantes, deduce que el uno del

otro procede. Este método ha dado lugar á grandes aberraciones, á equivocaciones sin cuento, porque en él se parte siempre de una idea preconcebida: la pasión manda y la inteligencia obedece. El denominado gramatical fijase en la estructura del idioma, y en donde encuentra parecido de formas gramaticales, allí asienta identidad de origen. Á nuestro modo de ver, todos los errores que en las investigaciones filológicas se han cometido, han dimanado de usar de una manera radical y exclusiva, uno ú otro, de estos dos métodos: el gramatical nos dá, permitásenos esta frase, la filiación del lenguaje: el léxico descomponiéndole, pone de relieve las modificaciones que ha sufrido y los diversos elementos que le constituyen: así pues, debemos usar de uno y otro método.

Nos proponemos demostrar que, en cuanto á la gramática, nuestra lengua es hija del latín, de la misma manera que latino es en gran parte su diccionario; pero sin perder de vista lo que otros idiomas han influido en ella.

II.

¿Cuál fué el pueblo que por primera vez arribó á las felices regiones de la España? Resuelta esta cuestión y como consecuencia natural de ella, resuelta lo estará también la de la lengua autógrafa.

Los descubrimientos del sabio prusiano Humboldt han venido á demostrar, de una manera casi indudable, que el primer pueblo que vino á España fué el ibero, mal llamado así, y que con mas exactitud debiera apellidarse eúskaro. La lengua que habló este pueblo fué la eúskara; lengua original y extraña que aun se conserva en un rincón de nuestra península, sin alteración en sus formas gramaticales, si bien corrompida en su parte léxica. Los iberos se extendieron por la península, como lo prueban los nombres de las localidades, y aun en nuestro idioma se descubren algunos rastros del de este pueblo. Los celtas siguieron á los iberos: la época de estas invasiones se oculta en las impenetrables nieblas del pasado; y como con exactitud dice el señor Cabanilles, la historia es demasiado joven

todavía para conocer hechos tan remotos. El idioma hablado por los celtas, puede calificarse en la familia etnográfica indo-europea: aun se conserva en el país de Gales, en la Bretaña y en Irlanda: de aquí que los sabios hayan podido estudiarle y conocerle. Algunas palabras celtas enriquecen nuestro lexicon, pero es difícil determinarlas, porque perteneciendo a la familia indo-germánica, fueron absorbidas ó modificadas por elementos mas fuertes de la misma raza.

Pero no fueron estos los únicos idiomas que se hablaron en España. Colonias griegas venidas probablemente despues de los fenicios, introdujeron en nuestra patria algunas palabras, é indudablemente prepararon el camino a la lengua latina. El elemento púnico, de índole semítica, poco ó nada influyó en el idioma. A mas de esto, es natural que se hablasen distintos dialectos, ó por lo menos que el eúskaro y el celta se modificáran, merced a las influencias locales y al contacto y comunicacion de celtas é iberos durante siglos enteros.

Las guerras púnicas decidieron los destinos de la España: la raza de Jafet venció a la de Cam, y los descendientes de Siqueo y Asdrubal se humillaron ante las águilas romanas.

Siglos de lucha y esterminio, lágrimas y sangre costó a la orgullosa dominadora de las gentes, pasear sus estandartes desde los Pirineos hasta las columnas de Hércules; y la historia consigna con orgullo en sus páginas, que España fué el primer país invadido y el último conquistado. En tiempo de Augusto, fué declarada la península provincia romana. Lentamente la civilizacion romana influyó en los dominados: las costumbres de los romanos fueron las nuestras; su idioma nuestro idioma, es decir, el mas comunmente usado; y prueban este hecho los ilustres nombres de un Marcial, un Séneca y un Quintiliano; pero para establecer nuestra opinion sobre mas sólidos fundamentos, vamos á retroceder a los tiempos de Julio César.

Despues de vencidos los pompeyanos, César convocó a varias personas notables de los indígenas, en la ciudad de Córdoba, y allí les habló en latin, entendiéndole todos perfectamente.

Pero ¿a qué cansarnos en demostrar lo que no necesita mas prueba que su enunciaci6n?

Aun existían las antiguas lenguas, pero reducidas a bien estrechos límites, porque los pueblos que las usaban hubieron de refugiarse en las mas altas cumbres del Pirineo, huyendo de la vencedora espada de los hijos de Rómulo. Pero sin embargo, el génio de Roma logró, permitasenos la frase, infiltrarse en estos dialectos, y buena prueba de esta verdad las profundas huellas que el latin en el eúskaro ha dejado.

Roma, aturdida por el vapor de sus victorias, encenagada en mil v.c.os, iba disolviéndose cuando la espada de los bárbaros precipitó este acontecimiento. Los vándalos, los suevos y los alanos, el año 409 de Cristo, se lanzaron sobre la península, llevándolo todo a sangre y fuego. Los godos vinieron despues, traídos por Ataúlfo; pero lejos de imitar la feroz conducta de las primeras hordas, se portaron generosa y noblemente con los españoles, que como a libertadores los recibían.

Despues de varias vicisitudes que no cumple a nuestro propósito referir, sentaron en España un poderoso imperio. ¿Cual fué la lengua de este pueblo? El único documento escrito que de ella existe, los fragmentos del Nuevo Testamento, del obispo arriano Ulfilas, demuestran que era un idioma de raza indo-europea, y muy parecido al alemán antiguo. ¿Pero hablaban los godos este lenguaje al asentar su dominadora planta en nuestro suelo? No nos atrevemos a decidir esta cuestion.

A pesar de la larga permanencia de este pueblo en las fronteras del imperio romano y en Italia, nunca desaparece tan pronto una lengua; pero las pocas huellas, los escasísimos rastros que ha dejado en nuestro romance, inclinan la balanza hacia el opuesto lado. De sentir es que en tiempo de Leovigildo se quemasen los libros arrianos; pues de conservarse, derramarían gran luz sobre esta cuestion.

Pero demos por demostrado que los godos no habían perdido su idioma. Cuando un pueblo rudo y poco civilizado se pone en contacto con otro ilustrado, es absorbido: sus costumbres se modifican: su lengua se pierde; y esto es lo que sucedió a los godos al desaparecer la ley de raza y al unificarse la religion: mezcláronse con los civilizados hijos de la Iberia, con los latinos españoles, y se amoldaron a sus usos, costumbres é idioma.

Hasta un centenar de voces godas existen en nuestro diccionario, la mayor parte de nombres propios. Tambien los godos alteraron algunas voces de origen latino. Sirva de ejemplo *perla*; que viene de *pétrula*, diminutivo de *petra*. Pero por mas que la Iglesia y los doctos trabajasen por conservar la lengua latina, por este tiempo comenzaba a corromperse, merced a la influencia de los antiguos elementos vasco-celtas y del nuevo elemento gótico.

Un acontecimiento vino a producir grandes trastornos, no tan solo en la esfera política, sino que tambien en el lenguaje. Un pueblo semita, el árabe, saliendo de las abrasadas regiones del Asia menor, se apoderó de parte del Africa, y el año 711 penetró en España, destruyendo en una sola batalla el ya débil y caduco reino visigodo. Unos pocos se refugiaron en Asturias; y allí, sin mas idea,

sin mas bandera que las sacrosantas palabras *Dios y patria*, echaron los cimientos al edificio de nuestra nacionalidad. Los mas reconocieron por señores á los árabes, siéndoles consignadas ciertas franquicias en los tratados. Estos recibieron el nombre de mozárabes.

Poco á poco sus costumbres se modificaron, adoptaron el traje de los dominadores, se alistaron en sus ejércitos y hasta ocuparon distinguidos puestos en las cortes de Córdoba y Granada. En una palabra: confundieron con los árabes, sin mas diferencia que la de religion. Pronto los indígenas comenzaron á olvidar el latin y hablar el árabe: en 854, Alvaro de Córdoba se queja de que los mozárabes habian abandonado por completo la lengua latina. Llegó á ser el árabe tan general, que hasta hubo necesidad de traducir á este lenguaje la Sagrada Escritura. Por el contrario, los refugiados en Covadonga miraron siempre con encono á los musulmanes, y no tuvieron con ellos mas contacto que el del exterminio y la matanza.

Pero cuando los cristianos empezaron á sentirse fuertes, entonces admitieron un nuevo linaje de vasallos llamados Mudejares. El odio empezó á extinguirse; pero cuando sucedió esto, la lengua romana comenzaba ya á formarse y constituirse. Prueban esta verdad, los documentos diplomáticos y los cronicones latinos. Porque las escasas palabras corrompidas que en estos monumentos se encuentran, demuestran de una manera indudable que, en el lenguaje hablado, la corrupcion y la modificacion era completa.

De la misma manera que de la repugnante oruga nace la esplendente mariposa, de aquellas corruptas voces, de aquellas construcciones indecisas, nació el actual castellano.

El *ille, illa, illud*, viene á formar el artículo determinado: el *unus* forma el indeterminado. La declinacion pierde sus desinencias, que se sustituyen por las proposiciones. La conjugacion se altera en algun tanto: fórmanse los auxiliares *estar* y *haber*. La rigida sintaxis latina se cancela y olvida: las terminaciones se dulcifican. Tan gigantesca revolucion ya venia indicada desde la época de los godos. Las lenguas vulgares se formaron como natural y lógica consecuencia de los elementos agrupados en nuestro suelo desde los mas remotos tiempos.

Las orientales en poco ó en nada influyeron para esta trasformacion, porque, como sabemos, cuando los cristianos del norte, entre los que, á no dudar, nació el romance, se pusieron en contacto con los árabes, el romance existia. Pero, sin embargo, no negamos por esto á la raza árabe el legitimo influjo que en el romance ejerció, enriqueciéndole con muchos giros y frases.

En el reinado de Don Alonso el Batallador (1124), los mozárabes de los paises conquistados trasladados á Castilla y Aragon, contribuyeron á enriquecer el idioma. El espíritu de templanza daba entrada al pueblo mudejar, que tambien contribuyó por su parte á introducir palabras árabes en el lenguaje de sus conquistadores.

III.

La primera manifestacion escrita del castellano, con arreglo á las mas recientes investigaciones, que han desechado como apócrifa, la *carta puebla de Avilés*, fecha en 1155, tiene lugar probablemente en 1170, año en que se escribió el poema del Cid. En él, como dice Tikhon, aparece el idioma rudo, áspero, con las palabras semi-latinizadas; lleno de construcciones indecisas; desprovisto de particulas, pero enérgico y exuberante de vida: es de notar que en todo este poema no hay mas que diez y nueve ó veinte palabras de procedencia oriental.

En los escritores sucesivos adelanta poca cosa. Al que exclusivamente pertenece la gloria de haber fijado la lengua castellana, es al sabio Don Alfonso. En sus obras la vemos tan tersa, tan pura y tan rica, que no hay palabras con que encarecer dignamente su mérito y excelencia. Al mismo tiempo, si como escritor prestó tan señalado servicio al idioma, como rey aun hizo mas por él, declarándole lenguaje oficial y cancelleresco. Es de notar que, en la época del rey sabio, se verificó la segunda invasion árabe: en nuestra lengua: sabido es que el rey San Fernando, su padre, conquistó la mayor parte de Andalucía, y esta influencia en el idioma puede hasta cierto punto reconocer como origen tan extraordinario número de vasallos mudejares. Las *Ordenanzas de Sevilla*, hechas por esta época, estan plagadas de locuciones árabes. En el *Conde de Lucanor*, del infante Don Juan Manuel, se encuentra tambien notable número de palabras de este origen.

No perdamos de vista que Don Alfonso fué muy aficionado á este idioma, y fundó escuelas de él en Sevilla. Los escritores del tiempo de Don Juan II, ya que en la literatura, salvas raras excepciones, no produjeron nada que pueda leerse con gusto, hicieron por la lengua alguna cosa, introduciendo nuevas maneras de decir y aumentando el caudal de voces.

En la época de los reyes católicos podemos notar una nueva influencia árabe. Con motivo de la conquista de Granada, despertóse la admiracion y el entusiasmo hacia las cosas moriscas: escribiéronse gran número de romances, en los que con brillante colorido y

entusiasmo grande, se pintaban los usos, las costumbres de los moros. En ellos nótase gran número de voces de reconocida procedencia árabe.

Con los primeros monarcas de la casa de Austria, Don Felipe I y Don Carlos, vinieron a España no escaso número de caballeros flamencos; y aunque por su avaricia y ambición de grandes y pequeños fueron odiados, esto no impidió que se pudiese en moda el alemán y, como consecuencia, que se introdujesen algunas palabras de esta lengua en el castellano.

Restános hablar de una influencia debida a un pueblo misterioso. Allá en el siglo XIII, los jitanos arrojados de la India por el Tamorlan, penetraron en Europa y se esparcieron por toda ella: arribaron a nuestra patria y añadieron a nuestro idioma algunas palabras.

Para terminar este ligero apunte, trataremos de establecer la proporción aproximada en que, cada una de las lenguas componentes del castellano, contribuyó a la formación de este. Sarmiento, que estudió este asunto con notable erudición y gran copia de datos, dice: «que dividido el castellano en cien partes iguales, las sesenta son latinas, ó puras ó corruptas: las diez eclesiásticas ó griegas: otras diez son septentrionales: otras diez son árabes; y las diez restantes se componen de palabras de las Indias oriental y occidental, alemanas y de la jerga de los gitanos.» Pero hay que añadir a este cálculo las palabras de procedencia euskara, que Larramendi hace subir con notable exageración quizá, al número de dos mil.

Nuestra lengua, acariciada por los doctos, llega a constituirse de una manera firme é inalterable, como hemos visto en el siglo XV, para competir en las edades venideras y vencer con su energía, como dice un escritor, a las mas cultas.

JOSÉ ESPAÑA LLEDÓ.

EL TRABAJO.

Desde el principio del mundo se agita en la sociedad un problema, que en vano las generaciones de todos los tiempos se han afanado por resolver. Este problema es el trabajo.

Todos los pueblos marchan por ese camino sin término que se llama progreso; nuestros padres emplearon sus facultades en acelerar su marcha; nosotros agotamos las nuestras en secundar sus esfuerzos, y nuestros hijos, arrastrando a los suyos, se precipitarán también en alas de esa ley imprescriptible. Muchas veces su paso se interrumpe por esas grandes

crisis que producen las revoluciones; abismos sin fondo, escollos insuperables le detienen, y es necesario llenar de sangre los primeros para vadearlos, y disolver en lagrimas los segundos para seguir adelante. Imperios florecientes espiran ahogados en su propia civilización; otras naciones se asientan en los cimientos, y cuando asimilados los antiguos principios con los nuevos, parece que va a enriquecerse la herencia de las pasadas humanidades, vemos convertirse en ruinas la obra de tantos siglos; y si no brotaran de aquellos escombros regeneradas las antiguas civilizaciones, nos parecería que el progreso que tanto amamos es un horrible sarcasmo que la historia se complace en arrojar sobre nuestras ilusiones, enseñándonos que las sociedades solo giran en la mezuquina órbita de sus maldades y de sus vicios.

¿Cuál es la causa de estas grandes catástrofes? ¿Dónde está el germen que produce esas grandes crisis que podemos llamar transmigraciones del progreso?

Antes de formularse los principios de la Economía política, de esa ciencia que está llamada a ser el arca salvadora de los pueblos, los críticos buscaron la mayor parte de estas soluciones históricas, refugiándose a una ley de necesidad que engendraba el mas grosero fatalismo, ó bien huyendo de este error invocaban el acaso, que suprimía la acción de la Providencia; exageración en uno y otro caso, y en nuestro sentir, aparte de esos absurdos, imposibilidad de acierto, porque no son los hechos tan solo los que constituyen la historia, ni las leyes exclusivamente las que deciden el porvenir de los pueblos, sino que hay ciertas relaciones, al parecer accesorias, que constituyen verdaderamente su felicidad ó desgracia.

La Economía, á manera de faro luminoso, ha mostrado a los críticos escollos desconocidos, grietas en el edificio social, que empezando por carcomer sus paredes, concluyen por ser causa de su ruina.

No desconocemos la influencia de todas esas leyes generales que prestan su fisonomía a los estados, ni es nuestra intención elevar de tal modo a la citada ciencia, que menoscabemos la importancia de las demás, porque consideramos a todas de tal modo unidas, que no nos parecen sino hojas de un mismo libro: sin embargo, creemos que los problemas económicos son los que mayormente influyen en la vida de los pueblos, los que pueden llevarlos al pináculo de sus glorias, si se plantean bien, ó conducirlos a su perdición, si se les plaga de errores.

Entre estos problemas, el principal es el del trabajo; porque si bien es cierto que la Economía es la ciencia de la riqueza, y que esta

voz era la del cristianismo: el esclavo que gemía bajo pesadas cadenas vislumbró la auro-
ra de su libertad, y contestando a los subli-
mes ecos del Mártir del Gólgota, empezó la
regeneración del trabajo: la caridad, ese dul-
císimo sentimiento del alma, que es el gérmen
de todas las virtudes, fué el primer paso dado
en el principio de tan santa obra: todos los
hombres son hermanos y todos tienen un de-
ber de aliviar al desvalido y enjugar las lá-
grimas del triste: nuestra estancia en el mun-
do es pasajera y, después del destierro de la
vida, un Dios infinitamente justo premiará al
virtuoso y castigará al criminal; para *El* no
existen gerarquías, antes al contrario, *el que
se ensalzare será humillado, y el que se humi-
llare será ensalzado.* Bajo el influjo de estas
máximas, el esclavo, en quien ya se veía un
igual, mejoró su miserable condición de raza,
y el trabajo, por lo tanto, dejó de ser consi-
derado como una mancha, como un crimen.
Estos principios que respiraban una moral tan
pura, no podían ser adoptados por aquellos
pueblos corrompidos: su santa semilla necesi-
taba para germinar nuevas gentes, en las que
la gangrena del vicio no hubiere corrompido
los sentimientos que al alma imprime la sa-
biduría del Eterno.

Los germanos, aquellas tribus vírgenes de
toda corrupción, que, oriundas del Danubio,
habían llamado a las puertas de Roma para
derrocar mas tarde su poderío, eran, sin duda,
el campo dispuesto para recibir la nueva doc-
trina: sus ideas religiosas, la consideración
que les merecía la esclavitud, el amor a la
familia, que eran sus principales sentimientos,
los impulsaron a abrazar los santos principios
evangélicos, y bajo los auspicios de esta con-
versión, empezó a edificarse la ciudad nueva:
se inauguró la edad media, que no es un pa-
réntesis en la historia, como ha dicho un filó-
sofo, sino un inmenso período de transición,
en el que hierven todos los elementos que
han de engendrar la era moderna.

Los bárbaros, al apoderarse de lo que fué
imperio romano, respetaron las instituciones
de los conquistados: al principio se alberga-
ban en las habitaciones de estos; y de tal ma-
nera empezó, aunque con menos dureza que
en la época anterior, a ser el trabajo patri-
monio del vencido; se apropiaron después
grandes extensiones de territorio, y la necesi-
dad de resistir a sus vecinos, que trataban
a su vez de usurparles aquella propiedad fun-
dada en la ocupación, convertía el albergue
en castillo, y al dueño de las tierras en señor
de los antiguos habitantes y de los que, bus-
cando protección, se declaraban sus vasallos;
de aquí nació la aristocracia territorial, la
servidumbre del trabajo, que no fué sino una
forma mas dulce de la esclavitud, pero un

adelanto al fin. El estado de las personas es-
taba en consonancia con la condición de las
tierras, y de este modo el cultivo de los cam-
pos empezó a ser mas apreciado y la produc-
ción agrícola aumentó el valor del trabajo; el
señor exigía a sus vasallos crecidos tributos,
de los que ellos trataban de indemnizarse, ha-
ciéndoles pagar caros los productos que les
proporcionaban: la industria, a quien las guer-
ras intestinas y el poder absoluto de los no-
bles habían ahogado en su cuna, empezó a
progresar paulatinamente, y cuando el poder
real se robusteció, desmembrando prerogati-
vas a la nobleza, el trabajo tomó nuevos y
rápidos vuelos, y los caudales de los castillos
se cambiaron por los tesoros del arte. La ini-
ciativa individual, débil para desenvolverse en
aquellos tiempos la riqueza del trabajo, buscó
su salvaguardia en el principio de asociación,
del cual brotaron los gremios y las maestrias
para ayudar a su desarrollo.

De este modo el trabajo se emancipó de la
aristocracia territorial, viniendo a caer en ma-
nos de otra menos temible, pero mas injusta;
de la aristocracia industrial: los maestros mo-
nopolizaron el trabajo de los obreros, y un
aprendizaje forzado los ataba a su capricho:
el génio, comprimido con tales cadenas, no
podía remontarse a las regiones de la crea-
ción, y la industria, sin vigor y sin fuerzas,
se arrastraba entre el privilegio y la rutina:
el descubrimiento de algunas máquinas con-
virtió el mal en peligro inminente por la
multitud de brazos que quedaron sin ocupa-
ción; las subsistencias se encarecieron, y la
misericordia, al enconar la llaga de las sociedades
que se llamaban pauperismo, las hizo estremecer
por su porvenir y hasta por su vida. El pro-
blema por la misma situación de los hechos,
fué arrojado en el seno de la humanidad, y
Francia, la moderna Atenas, cargó sobre su
conciencia la responsabilidad de la solución.

En ningún estado era la desgracia del po-
bre mas horrible, ni la soberbia del rico mas
insultante; y el pueblo cada vez mas nume-
roso y cada vez mas pobre, al comparar de-
sesperado sus harapos con las galas de los pa-
laciegos, hizo polvo en un momento la memo-
ria de sus reyes y declaró la guerra a la reli-
gión y a la propiedad. ¿A que recordar las
escenas de sangre con que manchó las páginas
de la historia? ¿A qué hacernos cargo de su
furiosa embriaguez, si fué el torrente com-
primido que, al romper sus diques, asola
cuanto se opone a su paso? Pero así como las
inundaciones de los torrentes fertilizan los
campos, de la revolución francesa nacieron
las libertades modernas que han hecho fecun-
do el trabajo: y si el problema que hemos
visto agitarse desde las primeras edades no
se ha resuelto, está en vísperas de resolverse,

porque aunque, como dice un economista, aquel no está realmente emancipado mas que en los libros, esta proclamación de su libertad es como el crepúsculo del nuevo día. Como hemos visto, la falta de su luz, de su calor, ha producido las grandes catástrofes de la historia, y su presencia ha engendrado esos periodos florecientes que honran a los pueblos; el progreso de estos ha marchado uniforme con el del trabajo; mientras él estuvo envilecido, los hombres fueron esclavos; cuando se rompan las trabas que entorpecen su desarrollo, las naciones serán ricas; cuando su emancipación sea un hecho, la humanidad será libre.

En vano sería desconocer su importancia, porque él es a las sociedades como el sol a los campos; él abre el seno de la tierra y, regándola con su sudor, la hace fértil y fecunda; extrae las materias de la naturaleza y las modela y da vida con su fuerza creadora: de la dura piedra hace la artística estatua, y del despreciable barro produce esos colores que transforman en sublimes cuadros Rafael, Miguel Ángel, Wandik, que no son sino obreros del arte: portentosas máquinas multiplican nuestras fuerzas; los productos del nuevo mundo los traslada al antiguo; los de este los conduce a aquellas regiones, y en virtud de su mágica influencia, todo el universo se combina y se halla el hombre en todas partes.

El individuo que vive del fruto de su actividad, detesta el vicio, que es incompatible con ella, odia el lujo que la haría inútil, y morigerar sus costumbres; es virtuoso. Todas las riquezas se disipan, pero su trabajo es inagotable; ellas, apartándolo de la virtud, podrían envilecerlo, pero él, demostrándole su valor, le inspira el sentimiento de su dignidad y le hace venerar el sagrado lazo que a sus semejantes le une; y esta conciencia de nuestra dignidad, este reconocimiento de la de los demás, engrandece nuestra autonomía y declara inviolables nuestros derechos: para tales individuos la tiranía es un imposible, el despotismo un absurdo.

El trabajo es la libertad. Él concilia todos los intereses; los del industrial con los del agricultor, los del agricultor con los del obrero, los del obrero con los del propietario: un solo producto representa los desvelos del sabio, la asiduidad del capitalista, el sudor del bracero; es, por decirlo así, el abrazo en que se unen todas las clases de la sociedad, porque todas deben ser productoras. El trabajo es la fraternidad.

La filosofía podrá buscar la forma del poder mas apropiado para labrar la felicidad de los pueblos, pero todo será un sueño, una utopía, si el edificio social no descansa en el trabajo.

MELCHOR ALMAGRO DIAZ.

ESPAÑA LIBRE. (*)

El pueblo que aspira a ser
honra de la humanidad,
conserva su dignidad
y no abdica su poder.
Si es generoso, al vencer,
funda la paz anhelante;
por el arado cortante
trueca el bélico trofeo,
y se adormece pigmeo
y se despierta gigante.

No importa que en su camino
obstáculos se interpongan,
ni los déspotas dispongan
árbitros de su destino:
que así como al mundo vino
una luz de otra región,
a iluminar la razón
del hombre, que un Dios redime,
el cielo, al pueblo que gime,
le manda su redención.

El pueblo español dormía
orillas de un hondo abismo;
despierta, y se basta él mismo
a sacudir su atonía:
temblando la tiranía
huye al Pirene enrisado;
el súbdito rebelado
rompe su férrea cadena;
y el grito santo resuena
del hombre regenerado.

Al resplandor de la llama
que las sombras precipita,
la muchedumbre se agita,
el horizonte se inflama:
y rueda el Ponto, y rebrama
orgullosa al sustentar,
el pendón peninsular
que va izado en faz de guerra,

(*) Poesía leída en el gran teatro de Isabel la Católica, y en el de este liceo, en las funciones dadas a beneficio de los heridos en la noche del 22 de Setiembre último, y en celebración del alzamiento nacional.

para flotar en la tierra
libre cual flota en la mar.

Paso al huracan potente
que alza la revolucion:
no mas fúnebre crespon
enlutará nuestra frente;
que al fin se levanta ingente
la pátria de los leones,
y al compás de sus canciones
conquista sus libertades,
siendo ejemplo á las edades
y asombro de las naciones.

Mintieron, pátria querida,
los que tu honra negaron:
miserables se engañaron
al juzgarte corrompida.
Hoy renaces á la vida
con juveniles alientos,
y á los profundos acentos
de tu clamor elocuente,
brotó á coronar tu frente
un mundo de pensamientos.

Sin temor á la tormenta
que ruge ronca y bravía,
España en sus hijos fia
y en la fé que los alienta:
ni el presente la amedrenta
ni lo porvenir la espanta;
y un himno sonoro canta,
eco que en el viento zumba,
de un trono que se derrumba
y un pueblo que se levanta.

Cantemos, pues, la victoria
que da á la nacion triunfante,
la página mas brillante
que se registra en la historia.
Evoquemos la memoria
de los muertos entre horrores,
y sin ódios ni rencores
unamos nuestros afanes,
para ofrecer á sus manes,
lágrimas, versos y flores.

AURELIANO RUIZ.

GUTIERRE DE PEÑAFIEL.

TRADICION DE LA EDAD MEDIA.

(Conclusion.)

IV.

Sentado en un ancho sitio, apoyado su robusto brazo en una maciza mesa de encina, inclinada la cabeza sobre el pecho, meditabundo y cabizbajo está el anciano conde: su blanca barba se destaca sobre su oscura veste: la nieve de sus cabellos aumenta el respeto que infunde su frente pensadora, surcada por profundas arrugas, que contrastan con el fuego de su mirada y con la enérgica contraccion de sus labios.

Había permanecido pensativo un largo espacio de tiempo, hasta que alzando su cabeza, sus inciertas miradas se fijaron en las brillantes armaduras colgadas bajo el entallado maderaje del ensamblamento; vagando de unas en otras, recordaba al verlas quizá algun glorioso hecho de armas, alguna amorosa aventura de la juventud ó alguna de las ardientes ambiciones de la edad madura. Otras veces escuchaba atentamente los pasos de los guardias que se alejaban, el enérgico juramento de un veterano ó la juvenil carcajada de un paje, que se prolongaba por las galerías. Los reflejos del sol, penetrando por los pintados vidrios de las ventanas, iluminaban en el fondo de la estancia las tablas en que estaban retratados sus mayores, cuyas adustas fisonomías parecían, por un efecto de luz, sonreírle melancólicamente.

Hubo un momento en que escuchó con atencion. Oíase el sonar de unas espuelas y el crujir de un arnés: dirigió su vista á la puerta y vió á Fortun, que inclinándose le dijo:

—Perdonad, señor: ante el castillo, una numerosa huéste reclama vuestra presencia.

Levantóse el conde, ciñóse su espada y apoyándose en el brazo de Fortun, cruzando murallas y torreones, llegó á las defensas del castillo, inclinándose sobre estas para ver á los que llegaban.

—Por Santiago! exclamó, farantes y mesnaderos del rey y les hicisteis esperar? Abatid el puente y alzad el rastrillo.

El puente cayó con estruendo y las cadenas del rastrillo gimieron bajo su peso.

—Fortun, llega. ¿Ves el estandarte del condestable Pero Niño? Á su lado ondea otro, cruz en campo de gules: ¡por san Millán de la Cogulla! es el estandarte de los Peñafiel: ¿qué nuevas serán estas? Pronto á mi sala de ar-

mas; que se ilumine con antorchas la cava baja y que mi servidumbre se extienda por todas partes á honrar á los personeros del rey.

Y tomando el brazo de su escudero, volvió por el mismo camino, subiendo lentamente las escaleras que llevaban á la sala señorial. Al ir á entrar en ella se detuvo oyendo el crugir de las armas y los murmullos de los que llegaban; y viendo al condestable y á Gutierre que, armados de todas armas y precedidos de los heraldos reales se disponían á subir, adelantóse á recibirlos, diciendo:

—Dios os guarde, Condestable, y que él os traiga con bien á mi casa, Gutierre.

—Dichoso soy en veros, conde Hernando, contestó el condestable; y señalando al joven, añadió: hé aquí al rico hombre Gutierre de Peñafiel: con él vengo á reparar un antiguo desman de la fortuna: villanos, felones y rufaces calumniaron á su noble padre, que selló con su sangre su desdicha: su hijo, volviendo por su honra ultrajada, ha justificado su memoria: su alteza, el señor rey, le abona, dále en feudo sus antiguas tierras, y en juro otras mas fértiles y abundantes; y á vos, conde Hernando, os ruega le desposeis con vuestra hija.

Volvióse el conde al doncel: bajo la visera de su casco se percibía una fisonomía franca y enérgica, animada por el fuego de la juventud y por cierta expresión entusiasta y ardiente.

—He realizado, señor, vuestra pretensión, dijo: vengo en demanda de lo que mas amo en el mundo, alta la frente, desplegada al aire mi honrada bandera, con caballeros que siguen mi pendón, y con escuderos y pajes que no avergüencen á los vuestros. Y mostró al conde desde lo alto de las escaleras el pendón de los Peñafiel ondeando en los aires, junto al estandarte real, entre la curiosa multitud que se agrupaba silenciosa.

—Mancebo, vuestro padre y yo fuimos grandes amigos: juntos compartimos muchas veces los trabajos de la guerra: juntos dimos nuestros votos en las cortes del reino: nuestros gritos de combate sonaron juntos al rechazar en la frontera las algaras mahometanas. Díjéronme que se había alzado contra su natural señor: ví las llamas del incendio reducir á cenizas su casa solariega: aunque aborreciendo la traición, sentí en secreto su desventura. Hoy su hijo viene á serlo mio: seáis bien venido, puesto que Dios lo quiere y el señor rey lo ordena.

Dijo, y volvióse á Fortun como demandándole su brazo.

—Tomad el mio, señor, si os place, dijo Gutierre.

—Venid, hijo mio, y vos, buen condestable,

poneos á mi derecha. Vamos á llevar estas nuevas á la condesa Alda.

Así marchando en medio de ambos, penetró por la puerta de la estancia: los anchos tapices que la cubrían, sostenidos un momento por los pajes, volvieron á unirse, cayendo pesadamente tras de ellos.

V.

Algunos días después, los pausados sonos de la campana del homenaje, se mezclaban al agudo tañer de los esquilonos colocados en la iglesia de la cercana aldea, anunciando una gran fiesta.

En los salones del castillo, hermosas damas deslumbrantes de oro y pedrería, de seda y brocados, departían graciosamente con gallardos caballeros, en cuyos pechos se veían nobles escudos de armas ó ingeniosas divisas: los dulces ecos de la zambra llenaban los aires; los amorosos cantos de los trovadores se mezclaban con las chispeantes gracias de los juglares.

En la plaza de armas se corrían lanzas y cañas; se levantaban tablados; se lanzaban bohordos, ó se jugaban sortijas. Los soldados en las murallas y en la villa, se unían en las aclamaciones con los aldeanos, ó bebían, juraban y requebraban las mozas.

Alda y Gutierre veían aquellos regocijos llenos de placer, brillando en sus ojos, al contemplarse, una indecible felicidad.

En el castillo de Peñafiel oíanse los gritos de los alarifes que le reconstruían, comunicarse con los de sus compañeros, que reedificaban la abadía ruinosa.

En un patio de esta, silencioso y oscuro, habían levantado una estatua mutilada: su brazo extendido se había hecho pedazos al caer pesadamente en tierra.

FRANCISCO GUILLEN ROBLES.

EPIGRAMA.

Mi vecino el palomero,
que siempre fué muy urbano,
á Medina el escribano
le dijo: «adios, compañero.»
Y tiene razon; que en suma,
si la cuestión se examina,
lo mismo aquel que Medina,
se mantienen de la pluma.

SALVADOR PEREZ MONTOTO.

la producen con aquel la ciencia y el capital, no lo es menos que la primera sería estéril para llenar nuestras necesidades, y que el segundo permanecería mudo si el trabajo no los combinase, si no les prestara su actividad, si no fuese respecto á ellos como el alma á sus facultades.

Aquí no lo consideraremos tan solo como agente de la producción, sino que, inspirándonos en una esfera acaso mas elevada, lo estudiaremos como principio vital, como base necesaria de todo estado y, juzgándole de esta manera, nos convenceremos de que la historia de la humanidad es la historia del trabajo: por eso al principio de este artículo decíamos que era la cuestión que se agitaba en el seno de la sociedad, desde el principio del mundo hasta nuestros días. Su abandono produjo las antiguas usurpaciones, y eso que se llama su organización, ha producido los modernos monopolios. El desprecio en que lo tuvo la edad antigua, creó aquella bárbara esclavitud; el olvido á que fué condenado por la edad media, enjendró la servidumbre; las trabas impuestas por la edad moderna, introdujeron los privilegios en la industria, que son la muerte de la riqueza. ¡Y Dios quiera que la edad moderna, la era de la justicia y del derecho, no escuche las absurdas soluciones de Fourier, San Simon, Proudhon, de esos soñadores que, buscando la manera de que *trabajen todos*, hallarían prácticamente el modo de no trabajar ninguno!

Todas las grandes revoluciones que varían el modo de ser de las antiguas sociedades, que parecen como las hogueras colocadas en las cúspides de las montañas para guiar los pasos del viajero, no son mas que una protesta de la humanidad que trabaja, contra la humanidad que usurpa: si las estudiamos con detenimiento, veremos la sociedad dividida en dos clases: una que produce y otra que consume sin producir, hasta que conociendo la primera su vergonzosa situación, rompe el yugo de sus opresores, vindicando los fueros de la justicia: muchas veces, ya vencedora, se erige en tirana del vencido y, olvidando la ley del trabajo, da lugar á nuevos trastornos, y entonces cada revolución lleva en sí el germen de cien revoluciones.

Todos los pueblos que han despreciado el trabajo, tuvieron que pagar su tributo á la desgracia, y cuando mas poderosos se creían, cuando sus guerreros con la fuerza de sus armas, y sus legisladores con la sabiduría de sus leyes, dominaban al mundo, han visto desvanecerse su poder, y avergonzados y sumisos se han dejado unir al yugo de la esclavitud que antes impusieron.

Esa organización de los antiguos estados, que tanto admira á esos espíritus superfi-

ciales que sueñan encontrar en ella el modelo de toda libertad, no es mas que su monopolio erigido en sistema; la explotación del trabajo de los mas por la ociosidad de los menos; mejor dicho, la ausencia del trabajo; y por eso no debe extrañarnos su decadencia, su destrucción, porque la holganza de las naciones produce el vicio que, gangrenando su conciencia, las pervierte y aniquila.

En la cuna de la historia, en ese período nebuloso que apenas nos es conocido por la tradición y por la fábula, la noción del trabajo estaba completamente borrada por el egoísmo, por la codicia y por la fuerza bruta: eran los primitivos pueblos tribus salvajes, que vagaban de territorio en territorio disputándose los frutos naturales de la tierra. La mútua destrucción era su estado, y el derecho del mas fuerte la única ley que obedecían: el instinto de conservación, la facultad de defenderse les aconsejaban el exterminio de sus enemigos, si no querían ser destruidos por ellos; los que caían prisioneros eran inmolados á la furia del vencedor, porque en cada contrario que sobrevivía miraban una constante amenaza, una muerte suspendida sobre su cabeza; pero cuando asociándose algunas tribus lograron sobreponerse y vencer á las demás, el peligro fué considerado como menos inminente y, fiadas en su fuerza, no asesinasen á los cautivos, sino que les conservaban la vida para utilizarse de ellos, reservándose, sin embargo, el derecho de arrancársela cuando lo tuvieran por conveniente, pues gozaban de ella por una concesión. Este fué el origen de la esclavitud y así lo determina un código famoso (1). «Esta guarda, dice, fué establecida por los emperadores. Ca antiguamente cuantos cautivaban mataban. Mas los emperadores tuvieron por bien é mandaron que los non matasen, mas que los guardasen y se sirviesen de ellos.» La esclavitud, esa iniquidad que abomina el espíritu moderno y que repugna á la razón y á la conciencia, fué la primer huella que estampó la humanidad en la vía del progreso. Hay una diferencia inmensa entre matar al vencido ó conservarle la vida; es el paso que media entre el asesinato y el perdón. Con la esclavitud, con la primera reforma bienhechora de aquellas gentes bárbaras, nació el trabajo, como el precio impuesto á la vida de los prisioneros, y no es extraño que los que de tal modo desestimaban lo mas sagrado que en el individuo existe, que es la vida, desconociesen el valor y la naturaleza de la actividad del hombre: el trabajo fué en estos tiempos el estigma que el vencedor arrojaba á la frente del vencido; fué el castigo del que débil ó cobarde no su-

(1) Ley 1.ª, tít. 21 de la 4.ª Partida.

po morir en los campos de batalla; fué la cadena del esclavo; y cuando aquellas tribus, estrechando los lazos que las unían, empezaron á constituirse; cuando aquellas aglomeraciones sin nombre se consolidaron, formando naciones, ni varió la servidumbre ni se apreció el trabajo: las guerras continuaban y, por lo tanto, la esclavitud debía subsistir; no pudiendo los nuevos pueblos, como los anteriores, abandonar el territorio que ocupaban, por el aumento creciente de la población, y haciendo falta quien cultivase los campos, porque los frutos naturales no eran bastantes para su alimento, se hizo mas necesario el esclavo, pues el señor, cuyo solo deber era pelear, esquivaba una profesion que lo hubiera asimilado con su siervo.

Consiguiente á estos principios se constituyeron los pueblos de la antigüedad; su ódio al trabajo es como el eje sobre que giran la mayor parte de sus instituciones. Por eso arrastraron una vida tan borrascosa y tuvieron un fin tan sangriento.

Atenas, la cuna de la civilización antigua, no supo evadirse de estos errores; la ociosidad era su mayor gloria, de tal modo, que el trabajo lo consideraban como un vicio. Aristóteles, ese gran genio que se anticipó muchos siglos á sus contemporáneos, cayó en esta parte en sus absurdos. «La ciencia del señor, dice, se reduce á hacer uso de su esclavo.»

Los atenienses consagraban el principio de que ningún ciudadano padeciese necesidades, sin que por ello conociesen que el gran remedio para satisfacerlas es vivir del trabajo propio y no del ajeno; antes al contrario, no bastando los productos de los esclavos, que eran las tres cuartas partes de la población, ni los tributos con que los pueblos vencidos pagaban su conquista, para saciar la sed de goces de aquella plebe ociosa, acudieron á las multas y á las confiscaciones; y hombres como Sócrates, Temístocles, Trasíbulo y Milecíades, gimieron en el ostracismo, y vista la ingratitude de la patria, unos conspiraron contra ella, otros la sedujeron; la venalidad substituyó á las antiguas virtudes; y ya, sin virtudes y sin defensores, fué rota, hollada su nacionalidad por Esparta, su perpétua rival y su constante enemiga: esta, á pesar de tener leyes tan distintas á las de Atenas, la asemejó en cuanto á su constitución esencial, en cuanto al trabajo, el cual era el símbolo de la esclavitud en toda la Grecia; así es que Platon nos dice: (1) «La naturaleza no ha hecho ni zapateros ni herreros: semejantes ocupaciones degradan á los que las ejercen; viles mercenarios, miserables sin nombre, que están excluidos por el estado mismo de los derechos

políticos.» Por otra parte, el uso de las mesas públicas, si bien hizo frugal al ciudadano, lo convirtió en ocioso, porque aquel á quien aseguraban su alimento, privándole de la legítima ambición de mejorar su suerte por medio del trabajo, ó bien odiaba al estado por que veía en él la coartación de sus facultades, ó estas se extinguían en la inacción y en el marasmo: aflojados de este modo los vínculos que antes los unieran, aquella nación de soldados, convertida en una sociedad de vagos, no pudo despertar ni al recuerdo de sus victorias, ni á los ecos de las sublimes arengas de Demóstenes, cayendo envilecida y cobarde ante la poderosa espada de Filipo.

Al morir Grecia, el espíritu de su civilización se refugió en Roma, pueblo esencialmente militar, que supo elevar su ciudadanía hasta ser envidiada por los reyes: despreciaba el trabajo y, como los anteriores, solo vivía del fruto de sus esclavos y de las rapiñas de sus conquistas. «Los estados comerciantes, decían, deben trabajar para nosotros: nuestro oficio es vencerlos y exigirles impuestos;» (1) y sus armas, sembrando la desolación y el luto, recorrian la tierra en busca de riquezas con que halagar al orgulloso patricio y satisfacer la necesidad de *pan y espectáculos* que devoraba á la plebe romana: un ejército de cuatrocientos mil hombres robando á las naciones vencidas, sostenía aquel lujo escandaloso; pero sus crecientes exacciones no eran bastantes para saciar la hidrópica sed de placeres que los consumía: los que antes movidos por sus propios sentimientos guerreaban, ahora necesitaron ser alentados por un puñado de oro para defender á su patria, y conducido por esta pendiente no tardó el soldado en preferir quedarse en la ciudad, mientras un ejército pagado de extranjeros le ayudaba á sostener el cetro que veía escaparse de sus manos: así es que, cuando los bárbaros volvieron sus armas contra Roma, no encontraron al coloso en cuyos férreos brazos había espirado la libertad de un pueblo, sino un cadáver galvanizado que se deshizo al primer empuje de sus huérfanos.

En esta primera edad de la historia, el trabajo es considerado como el atributo de la esclavitud, y por eso aquellos que empezaron esclavizando á sus hermanos, concluyeron por hacerse estúpidos esclavos de sus propios vicios.

Una era aparece en el horizonte de la historia: cuando Roma, ébria de su poder, se nutre á espensas de una humanidad que trabaja para que ella consuma, de un rincón despreciable de la tierra se levantó una voz que, como la de la conciencia, le acusó de sus crímenes, anunciándole su última hora. Esta

(1) De la Rep. L. 5.º

(1) Blanqui. Hi-t. de la Econ. p. 39.

CASTILLOS EN EL AIRE.

CUENTO DE HADAS.

Hace algunos años, cuando mis cabellos eran de un color uniforme, y solía hacer mis escursiones por los espacios imaginarios, como sucede frecuentemente en la dichosa edad de las ilusiones y antes de que los desengaños nos abran las puertas de la realidad, lei un cuento, debido á la pluma de Mr. Hippólite Castille, que me llamó vivamente la atención, y que escogí por base y fundamento de una novela que no ha llegado el caso de escribir. Tomé, en su consecuencia los necesarios apuntes, que por circunstancias ajenas de este lugar, y que en nada interesan á los lectores, han permanecido olvidados hasta ahora, en que por una casualidad he dado con ellos, resolviendo aprovecharlos para ocupar algunas columnas de esta revista.

Esto quizás me exponga, con razon, á ser acusado de inmodesto, por tener la osadía de colocar mis escritos entre los de las bien cortadas plumas que toman parte en su redaccion; y hasta no estrañaré que al leer estos renglones haya quien juzgue, y por desgracia con razon tambien, que como su autor ya está algun tanto antiguo, han sido escritos, en vez de la elegante pluma de acero que se emplea en nuestros dias, con la prosaica y vulgar de ganso que usaban nuestros antepasados; pero confio en que la indulgencia dispensará mi presuncion.

Con estos antecedentes, fácil es comprender que este cuento tiene de todo menos de original, y por lo tanto, lo que en él haya de bueno se debe al autor, y lo malo, que no será poco, es exclusivamente del narrador, que necesita, por muchos conceptos, de la benevolencia de los lectores. Pero vamos al cuento, que el exórdio peca ya de prolijo, y conviene para obtener alguna indulgencia, hacerse lo menos cansado posible á los suscritores.

I.

No empezaré fijando la ocasion y lugar de mi narracion, ni mucho menos me ocuparé

de descripcion alguna poética, que á nada nos conduciría mas que á perder el tiempo y emborronar papel; pero sí lo haré recordando á los que me lean, que algun dia tendrán ó habrán tenido treinta años, sin que por ello sean ó hayan sido mas felices. A cierta edad se desea siempre envejecer con mas ó menos rapidez, segun las circunstancias en que uno se encuentra; casi puede decirse que esto es una regla general. Un dia, dice el autor, me sorprendi yo mismo, siendo todavia muy pequeño, admirando un par de botas casi tan grandes como yo; y esto á mi edad se explica sencillamente; hubiera querido estar en disposicion de calzarme con ellas. Estaban (las botas) elegantemente colocadas dentro de un aparador, de pié, brillantemente embetunadas y con un par de doradas y soberbias espuelas. Y debo advertir, que los objetos de mi contemplacion no poseian ninguna propiedad sobrenatural; al contrario, eran lisa y llanamente el producto de las manos de un simple zapatero; pero como yo era todavia un niño, á mis ojos, estas vulgares botas eran una cosa admirable. Así pues, al mirarlas, me paseaba sin querer por los espacios imaginarios. Me representaban un brillante escuadron, elegantes paseos, un magnífico caballo esperando su gineté, aire y espacio, el porvenir y sus promesas; ilusiones, ensueños, que ojalá se tuvieran en todas las edades!

La vanidad, justo es confesarlo, la ambicion misma, y aquí es donde quiero venir á parar, no tenían poca parte en ello. El siglo es presuntuoso; este es uno de sus defectos, del que pocos escapan, y algunos de vosotros, permitidme esta franqueza, estais tal vez invadidos de esta enfermedad del siglo. Esta enfermedad consiste en querer parecer mas grande, mas fuerte, mas bello, mas valiente, mas sábio que lo que uno es en realidad; hasta hay quien desee parecer mas malo. ¿De qué no presume un presuntuoso? En una palabra, el niño quiere parecer hombre, el hombre sábio, el sábio semi-dios ó dios del todo: la presuncion no tiene límites.

Yo he conocido uno, y aqui empieza el cuento, que ni era un dios, ni un sábio, pero que tenia de todo, aunque en embrion, en

bosquejo, en sus fantásticos sueños. Tenía quince años. Para componer un dístico, hacer un tema ó una traduccion, valía tanto como cualquier otro; por lo demás, era todo un buen muchacho, aunque con demasiada imaginacion. Esta le jugaba frecuentemente muy malas pasadas, que es en lo que se complace por lo regular; así pues, desconfiad de sus locuras. Nuestro héroe, á quien no califico sin intencion tan noblemente, se llamaba Hector; y así como yo me extasié en la ocasion mencionada, contemplando un par de botas, él en mas de una ocasion contempló extasiado un objeto tanto ó mas prosáico que aquel, pues era nada menos que un maniquí que un sastre tenía colocado en el aparador de su tienda, y al que frecuentemente cambiaba de traje, segun la moda ó la estacion. Vestido perfectamente, sin que se echase de menos en él el mas insignificante detalle de los que la moda exige, solo le faltaba á nuestro maniquí el sombrero, el baston y el cigarro para parecer un elegante completo de carne y hueso. No le faltaba, como vulgarmente se dice, mas que hablar. Pero Hector no le pedía tanto, no envidiando mas que su corteza y haciendo abstraccion de lo demás. Tanto fué y vino, tanto trabajó por lograrla, que al fin se la compró. Vistióse con ella, lo cual le dió el aire de un hombre en miniatura: de un hombre en dozavo ó en treinta y dos avo. Si se hubiera contentado con esto nuestro héroe, no hubiera pasado de parecer ridículo; pero no debía detenerse en tan buen camino.

Cuando se vió vestido como un hombre, se paseó por la ciudad, apercibiéndose pronto de que en vez de admiracion, como había creído, solo provocaba risa. Entristecido con este desengaño, se salió al campo y anduvo al azar por espacio de largo tiempo. Ya el sol se inclinaba hacia el horizonte, y el joven viajero, agobiado de cansancio y de disgusto, se dejó caer al borde de una fuente, bajo una añosa encina.

Aquí llega lo difícil de mi cuento. Para salir del atolladero en que me he metido, me veo precisado á adoptar un recurso del pasado siglo, acojiéndome al amparo de las cosas sobrenaturales. No encuentro otro remedio:

séame, pues, permitido evocar una hada, lo cual no es nuevo, pues ya se han usado en otro tiempo. Haré, sin embargo, lo posible para que la mía sea tan perfecta, tan joven, tan linda, como si saliese de una antigua leyenda, ó de una nube de carton del teatro, para que, en gracia de la descripcion, me perdoneis la licencia. Pero volvamos á Hector.

Recostado á la orilla de la fuente, se echó á llorar: sus lágrimas caian melancólicamente en el agua risueña del manantial, mezclándose con las bulliciosas ondas y perdiéndose entre las yerbas y las flores. A poco, percibió á través de sus lágrimas la temblorosa imagen de la luna, que se levantaba del fondo del agua. Es cosa convenida, que los espíritus aéreos de que nuestros abuelos poblaban el mundo, se manifiestan voluntariamente á los ojos de los mortales, durante la mística y azul claridad de la luna. Siguiendo las leyes de la formacion de las ideas, Hector debía pensar en los espíritus, y pensó en ellos.

—Qué desgracia, exclamó, que hayan pasado los tiempos de las hadas! Cuán cómodo sería tener una á nuestro servicio, aunque no fuese mas que para que nos hiciera nuestras lecciones y nos evitara los castigos! Dónde están las hadas? En qué lugar habitan? Quiero ver una!

—Hector, ¿qué me quieres? —respondió una voz argentina, como el sonido de una campanilla en el fondo de un bosque.

Es inútil decir que Hector permaneció con la boca cerrada. La hada acababa de aparecer á flor de agua, como las burbujas de aire que se desprenden del lecho de musgo de las fuentes. Apenas tuvo movimiento el líquido cristal. Era rúbia y encantadora. Hector no se cansaba de contemplar los zapatos de blanco satén, el ropaje color de rosa, el corpiño de gasa bordado de plata, y la estrella brillante de la gentil ondina.

—No temas, le dijo sonriendo, yo soy la hada de los estudiantes desaplicados, la patrona de los colegiales soñadores y perezosos. Deberías amarme sin conocermte.

—Hector hizo una ligera mueca; pero resolviéndose al fin, murmuró un cumplimiento y dijo con tono resuelto:

—A fé mia, señorita, os confesaré que es muy duro pasar siete ú ocho años pulimentando los bancos del colegio y copiando los autores griegos, á guisa de penitencia, todo para esperar la edad de ser hombre y libre.

—Querías, pues, ser hombre?

—Quisiera serlo al momento.

—Y es esa tu única ambicion?

—No: desearia tener barba y bigote! Quisiera tener concluida mi carrera; y os confieso que una condecoracion, un plumero y un sable en la cintura, me seducirian en extremo.

—Quisieras ser general?

—Precisamente.

—Pero te sientes con el génio necesario para desempeñar ese cargo?

—Yo siento algo aquí..., y Hector señaló su frente. Y además, añadió, si lo fuera, saldría adelante con mi empresa.

—Pues bien, ya lo eres: componte como puedas.

II.

Prescindiendo del silvato del maquinista, asistimos á un cambio de decoracion. Nos hallamos en un campo de batalla. Hector se encuentra de codos sobre un mapa, en la cima de una colina: su estado mayor le rodea: la ansiedad se lee en todos los semblantes. Vénse allí hombres encanecidos en el arte de la guerra.

—Órdenes, dicen, mi general, dadnos órdenes!

Hector no respondió: su mirada inquieta se dirige al campo de batalla, que abraza de un solo golpe de vista. El combate está en todo su horror. Un cielo sombrío envuelve cuatro ó cinco leguas de terreno. Millares de hombres, infantes y caballeros, cubren este vasto espacio. Es un combate horroroso: los sables arrojan chispas sangrientas: el cañon hace estremecer el suelo y temblar los penachos de los granaderos: se diría que estos valientes saludan á las balas á su paso. Montones de cadáveres, semejantes á los remolinos de hojas secas que forma una manga de viento, siembran la llanura: la tierra bebe abundantes

mares de sangre: la carne destrozada se mezcla con el lodo. Los hombres y los animales están animados de un furor sin igual. Los primeros se degüellan; sus monturas se muerden unas á otras. Vénse allí moribundos, reunir las fuerzas de su último suspiro para matar á su vencedor: vénse caballos con los ojos encendidos, la crin erizada y llena de roja espuma la boca, huir espantados abriendo una ancha brecha en las filas enemigas. Un coro de gemidos y lúgubres gritos se mezcla al estampido de la artillería. ¡Adios, patria! Adios, familia! frescos vergeles, alegres sombras, antiguos hogares donde caen uno á uno los cabellos blancos del abuelo, ya no os volveremos á ver! Sálvese el que pueda! Ha sonado la última hora. A pesar de que empieza á oscurecer, se percibía en el negro cielo una bandada de aves de rapiña, confundándose en el horizonte. El viento aulla en los bosques, con menos fuerza, sin embargo, que los hambrientos lobos á quienes la brisa de la tarde lleva los ácreos perfumes de la carnicería. Al extremo del campo de batalla, un caballo solitario pace la yerba, humedecida por un siniestro rocío. Una extensa mancha de sangre enrojece su silla vacía. Dónde está el gineete? Sus dispersos miembros cubren sin duda la llanura.

He aquí lo que vió Hector; y á su lado voces suplicantes y enfurecidas repitiendo:

—Órdenes, general! en nombre de Dios y de la patria en peligro, hablad!

Su angustia era inesplicable.... Su palabra, va á dar la vida ó la muerte? Oh terrible responsabilidad! Palabras entrecortadas se escapan de sus labios.

—Adelante! adelante! Que avance hasta el último de mis soldados!

Los dos ejércitos se estremecen y repliegan por un choque supremo. La noche invade el campo de batalla: un grito desgarrador resonó:

—Sálvese el que pueda! estamos vendidos!

A la luz de los disparos de la artillería que no cesa de funcionar, los restos del ejército se desbandan. El terror y su cortejo de espectros se cierne encima de los batallones desordenados. Huyen por todas partes en una confusión espantosa. Los mas fuertes marchan

sobre los mas débiles: piérdense en las tinieblas: se pisa sin piedad à los heridos. Ya no hay grados, ni respeto, ni piedad: un solo sentimiento sobrevive à los demás: el terror!

—Deteneos! deteneos! grita Hector, mèsándose los cabellos.

Solo le responden imprecaciones. Entonces, como Bonaparte en Waterloo, pero sin conservar ni aun el amargo consuelo del genio que cede únicamente al destino, sintió gruesas lágrimas rodar por sus mejillas.

—No me queda mas recurso que morir! dijo.

Y lanzó su caballo en direccion de las filas enemigas....

Tranquilizaos: no murió.

—Es preciso confesar, señorita, dijo al hada, que os habeis burlado completamente de mí. Al conferirle el título de general en jefe, debíais por caridad haberme dado el genio para ello. He dirigido muy mal mi plan de batalla.

—Eso prueba, querido mio, dijo ella, que la ambicion no se mide por el talento.

—Sin embargo, replicó Hector, tocándose todavía la frente, yo siento alguna cosa aquí. Me había engañado sobre mi aptitud y mi destino. Os doy mil gracias por haberme apartado de los horrores de la guerra.

—Y consientes ahora en volver al colegio y dejar la carrera de las grandezas?

—Al contrario, interrumpió Hector, cuando veo pasar un principe ó un hombre de Estado considerable, en una carroza tirada por cuatro caballos, rodeado de sus cortesanos y servidores, siento despertarse en mí el deseo de gobernar. Me he dicho à mí mismo bastantes veces: Yo haría à mi pueblo feliz si fuese gobierno.

—Que esto no te detenga, dijo el hada, sé gobierno.

(Concluirá.)

J. DE D. RUIZ.

EPIGRAMA.

Don Casimiro à Tadeo
le dijo que era muy feo,
y él contestó:—«Casimiro,
parece, cuando te miro,
que en un espejo me veo.

S. PEREZ MONTOTO.

REVISTA.

Figuraos, mis bellas lectoras y queridos lectores, que los puntos suspensivos antecedentes significan las frases de ordenanza con que todo escritor se anuncia, al lanzar à la prensa por primera vez cualquier articulo: mas, como yo no me tengo por escritor, ni mucho menos, no quiero seguir sus pasos, para evitar de esta manera toda comparacion, en la cual siempre saldria yo perjudicado. Ahora bien, dicho esto, se me ocurre haceros una pregunta. ¿Habeis visto la *Almoneda del dia-blo*? Estoy seguro que sí; y ¿recordais estos versos?

No hay aquello de «cayó,
pues palo:» ni hacer el bú;
ni lo de «quitate tú
para que me ponga yo....»

¿No es cierto que en la redaccion de *El Liceo* estamos muy lejos de practicar este principio? Y si no, diganlo los revisteros de las tertulias de confianza. Arce es sustituido por Ruiz; Ruiz reemplazado por mí, y yo.... Dios dirá. Pero no creais por eso que practiquemos aquello de «cayó, pues palo:» nada de eso, señores ó señoras: (no digo *mios* porque està muy visto). En esta redaccion somos varios Pilades y Orestes, en forma de aficionados à las ciencias, à las letras y à las artes; pero todos unidos y siempre fieles imitadores de los referidos personajes.

Mas, ahora caigo (sin hacerme daño), que el objeto para el cual he tomado la pluma, es el de describir, si me es posible, lo ocurrido en la tercera reunion de confianza, celebrada en la noche del 17 del mes de Abril.

Árduo, peliagudo y de cinco bemoles, como diría un músico, es el asunto; mas diré con un poeta:

«Corazon, no suspires
tan à menudo:
tú que encendiste el fuego,
trágate el humo.
La ley ordena
que aquel que hace el delito
pague la pena.»

Yo me he comprometido para hacer esta revista, y no hay mas remedio: allá vá, y salga lo que saliere.

Numerosa y escogida fué la concurrencia que asistió á la reunion de confianza de que me ocupo; y no en vano lleva el segundo nombre, pues, en realidad, vimos que las bellas allí presentes (salvas raras excepciones), unian á la elegancia, la modestia y sencillez. Sigán así, y lograrán dos cosas: realzar mas su hermosura y el agradecimiento del liceo.

La Srta. doña Purificacion Quesada, accediendo á los ruegos de la comision, nos hizo oír una brillante fantasía sobre motivos de la *Favorita*, delicadamente interpretada al piano; interpretacion que honra á su profesor Sr. Mira.

Acto continuo, la indicada comision invitó para que cantase á la Srta. doña Gracia Peñalaz, la que accedió con la amabilidad que le es propia; y acompañada por su maestro Sr. Guervós, cantó con toda afinacion, gusto y maestria, una preciosa romanza de *Marta* y un aria lindísima de la *Caritea*.

Invitada así mismo la Srta. doña Paulina Ruiz, tocó admirablemente el *Miserere* del *Trovador*. Reciba nuestra enhorabuena la Srta. Ruiz y su maestro Sr. Lozano.

La Srta. doña Elisa Villalba tocó con mucho gusto el precioso y delicado nocturno *Maria*; su maestro Sr. Guervós debe estar satisfecho con tales discípulas.

Inimitable y magistralmente desempeñadas estuvieron unas lindas *variaciones* sobre motivos de la *Lucia*, tocadas á cuatro manos por don Eduardo Soria y su maestro Sr. Guillen. De este nada debo hablar porque su nombre basta; y del Sr. Soria me limito á decir que es digno discípulo de su maestro.

Tambien tocaron á cuatro manos la Srta. doña Mercedes Maestre y su profesor Sr. Guillen, el precioso vals *La nuit de Naples*; distinguiéndose la expresada señorita por su ejecucion y buen gusto.

La simpática Srta. doña Ascension Rodriguez, cumpliendo lo ofrecido en la anterior reunion, nos hizo oír una preciosa cavatina de *Pia de Tolomei*, cantada con mucho gusto y con la poderosa entonacion á que su her-

mosa voz se presta, acompañada por su distinguido maestro Sr. Espinel y Moya.

D. Antonio Bethencourt, discípulo del Sr. Mira, tocó con gran perfeccion una brillante fantasia sobre un tema de *Lucia de Lamemmoor*.

No fué olvidada la poesia en esta reunion; pues el Sr. don Saturnino Calzadilla leyó una muy linda, titulada *La golondrina*.

Tambien se rindió culto á Terpsicore, gracias á la amabilidad de nuestros queridos consocios Bethencourt y Gonzalez, que respectivamente tocaron una *virginia* y unos *lanceros*, bailando la primera diez y seis parejas, y los segundos doce, ó sean tres secciones.

Antes de concluir haré notar que hubo momentos en que tuvimos que estar de pié gran parte del sexo feo, merced á lo concurridísima que estuvo la reunion cuyo bosquejo he terminado.

Os referiría un triunfo obtenido por mí en esa noche; pero á quien lo presencié no quiero recordárselo porque sería inmodesto, y á quien no lo vió, no conviene decírselo.

LUIS FERNANDEZ GOMEZ.

PENSAMIENTOS.

Las pasiones entran en el corazon, como los clavos en una pared; despedazándole.

Los murmuradores son como los verdugos; azotan por la espalda y su oficio es infame.

No porque algunas veces el sol haga mas larga tu sombra, creas que en realidad eres mas alto.

La hoz del segador no mira á la altura de la espiga, sino á la base.

A muchos, en subiendo á cierta altura, se les va la cabeza.

Al andar sobre el mundo, debemos hacerlo de manera que no profundicen demasiado los piés.—L. ARCE.

EL LUJO.

Cuando tanto se declama contra el lujo actual, bueno es recordar el que se ostentaba hace ya muchos siglos entre los romanos, de cuyas costumbres son las nuestras un pálido reflejo.

Dejando aparte los trages de púrpura, tejidos de oro y bordados de rubíes y diamantes, nos ocuparemos tan solo de los accesorios.

Heliogábalo llevaba en las grandes ceremonias unas pantuflas enteramente cubiertas de piedras preciosas, esculpidas de un modo prodigioso. La diadema de la emperatriz Sabina valía mas de seis millones, y se estimaban en tres millones los pendientes de Popea.

El anillo que solía llevar la emperatriz Faustina costaba un millon, y Antonia, muger de Druso, adornaba con aretes de brillantes y rubíes los peces de sus viveros.

No había dama de alguna suposición que no tuviese dobles joyas; las mas pesadas para el invierno, las mas ligeras para el verano.

Los zapatos y las botinas que reemplazaron á las sandalias, sujetas á la pierna por medio de cintas de oro, tenían las suelas rodeadas de perlas, y la parte superior cubierta de arabescos de oro y de diamantes.

El abanico, que no se cerraba como el nuestro, consistía en un tejido de plumas sedosas artísticamente montadas sobre una armazon redonda, oval ó triangular, en cuyo centro brillaba un espejo de oro ó de acero bruñido, rematando en una mano de marfil, delicadamente cincelado.

Para protegerse contra los ardores del sol, llevaban sombrillas iguales á las nuestras, pero realzadas tambien por el oro y las piedras preciosas.

Por último, si no usaron guantes, lo cual no está todavía bien averiguado, en cambio se cubrían los dedos de sortijas, que valían un tesoro, y no solamente se adornaban los caballos, el pecho y los brazos con una multitud de joyas, sino que hasta rodeaban de espléndidos aros las gargantas de los pies.

IMPROVISACION.

Fuertemente impresionado el autor, al volver, en la noche del lunes 26, de la fúnebre ceremonia que, con lágrimas en los ojos, presencié el noble pueblo granadino, improvisó, en esta redacción, los siguientes

SONETOS.

No es arte, no es valor, es vanagloria
finjir que aun es lo que la España era,
cuando allá en otra edad, ruda y guerrera,
tegió con lauros su gigante historia.

Entonces á la lucha y la victoria
marchó el coloso; la mirada fiera,
duro el brazo y el ánima altanera,
venciendo al mundo y conquistando gloria.

Y en paz ó en trégua, el noble caballero,
con fuerte lanza, intrépido, irascible,
bravos toros lidió, mató hazanero,
y así formó su educación terrible:
mas hoy, domado el ímpetu guerrero,
¿tiene razon de ser lid tan horrible?

Ya lo vimos ayer. Esa porfia
hizo que apuestos jóvenes, la suerte
jugaran animosos... y la muerte
tendió soberbia su guadaña impia.

¡Hora nefasta! ¡Maldecido día!
¡Cuánto diera Granada por no verte!
¡Oh, triste amigo, hoy pálido é inerte;
lleno de vida ayer y de alegría!

Levántase la voz de un pueblo entero,
agobiado de inmensa pesadumbre;
que el español no es bárbaro ni es fiero,
Y plegue á Dios que su divina lumbre
inflame el noble corazon ibero,
contra esa ruda é inmoral costumbre!

NICOLÁS DE PASO Y DELGADO.

BASES, PRECIOS Y PUNTO DE SUSCRICION.

Esta revista se publicará los dias 1.º y 15 de cada mes, en dos pliegos de impresion, 4.º prolongado, con 32 columnas de lectura compacta, igual al presente número.

Su precio por suscripcion, es: 2 rs. al mes en la Capital: 8 rs. trimestre fuera de la misma. Números sueltos 2 rs. indistintamente. Para los Sres. socios del Liceo, gratis. Los Sres. socios exentos de pago, tienen derecho á una suscripcion, abonando un real mensualmente.

Se suscribe en la Secretaria del Liceo, donde se hallan establecidas las oficinas del periódico.

GRANADA: IMP. DE PUCHOL.